

UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 4**

# **CB 106 SOCIOLOGÍA DEL PERIODO BÍBLICO I**

Liverani, Mario. “La dominación Egipcia”, “El impacto del imperio asirio”, “El impacto del imperio babilónico”. En *Más allá de la Biblia: historia antigua de Israel*, 13-22, 171-185, 219-234.  
Barcelona: Crítica, 2005.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

torio. Agricultores y pastores viven en los mismo poblados, unidades productivas integradas, aunque no sean totalmente homogéneas. Pero un abandono tan generalizado y claro de las zonas menos favorecidas por el clima y el terreno no pudo dejar de favorecer cierta marginación (desde el punto de vista urbano) o autonomía (desde el punto de vista pastoral) de grupos humanos y de espacios que en otro momento habían estado bastante más integrados entre sí.

#### 4. LA DOMINACIÓN EGIPCIA

Durante casi tres siglos (de 1460 a 1170 aproximadamente), Palestina estuvo sometida a la dominación directa de los egipcios; aunque con anterioridad a esa época ya existió en la región cierta influencia política egipcia (además de la cultural), que continuaría durante mucho tiempo. Esa larga dominación por parte de un país, cuyo prestigio ideológico era absolutamente proporcional a su enorme peso demográfico, económico y militar, no fue en vano y desde luego tuvo unas repercusiones decisivas sobre varios aspectos de la vida política de la región. Ese condicionamiento político imperial quizá fuera para la historia de Palestina tan profundo como los condicionamientos ambientales y geográficos, más evidentes, que hemos venido analizando.

El control egipcio era en gran medida indirecto, los «reyezuelos» locales conservaban su autonomía (pero no su independencia) como «siervos» o tributarios del faraón. El cuadro suministrado por las cartas de el-Amarna (*ca.* 1370-1350) muestra que sólo tres centros de la región siropalestina eran sede de gobernadores egipcios: Gaza, en la costa meridional, Kumidi, en la Beqa libanesa, y Sumura, en la costa septentrional, junto a la actual frontera siriolibanesa. Había guarniciones egipcias también en algunas otras localidades: en Jope (junto a la actual Tel Aviv), en Bet-Sean (en el cruce entre la llanura de Yezreel y el valle del Jordán), y en Ullaza (en el punto en que desemboca en el mar la ruta proveniente del valle del Orontes). Calculando las pequeñas guarniciones permanentes y la tropa que (como veremos) efectuaba la «ronda» anual de cobranza, podemos calcular que el Egipto de época amarniense no empleaba en la gestión y el control de su «imperio» siropalestino más de setecientas personas.

No siempre fue así. Las grandes expediciones del siglo xv llegaron a emplear incluso a diez mil soldados, pero acabaron resultando inútiles tras la firma de la paz y las alianzas matrimoniales establecidas en-

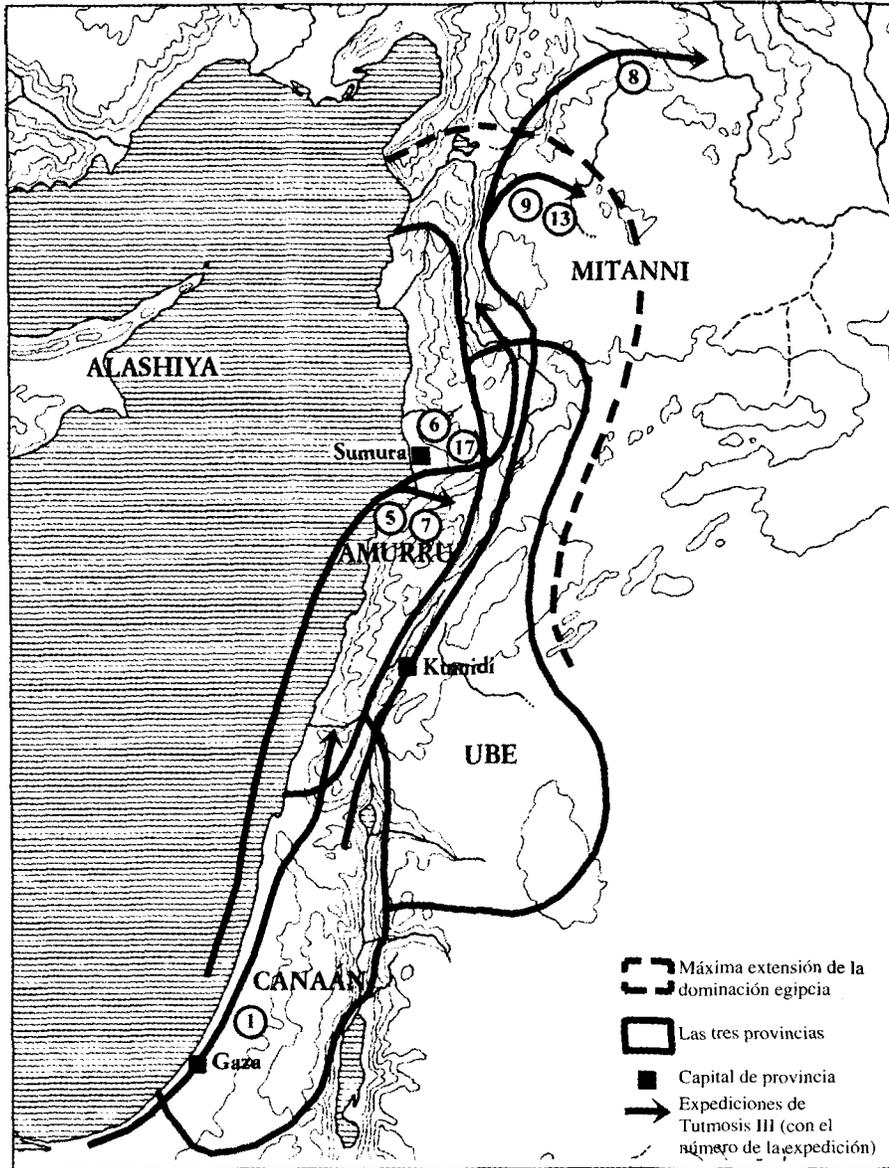


FIGURA 3. La dominación egipcia en Levante: las campañas de Tutmosis III y las provincias de época amarniense.

tre Egipto y Mitanni hacia 1420. Para la gestión normal, el proyecto inicial de Tutmosis III —el gran faraón que conquistó definitivamente (ca. 1470-1460) Palestina y gran parte de Siria— preveía un control directo mucho más amplio, poniendo los puertos y las mejores tierras de cultivo bajo la administración directa de los egipcios. Pero pronto quedó patente que no resultaba fácil llevar a cabo ese proyecto, y que además resultaba demasiado caro: podían obtenerse frutos análogos mediante la gestión indirecta, y se llegó así al panorama amarniense que hemos esbozado más arriba. Luego, a lo largo del siglo XIII, se produjo un desarrollo ulterior, en el sentido de una renovada presencia capilar, documentada sobre todo arqueológicamente. Se conocen diversas «residencias» egipcias del período comprendido entre el reinado de Setos I y el de Rameses III: la de Tel Afeq VI (con el hallazgo de textos cuneiformes), la de Bet-Sean VII, y varias más en el extremo sur: Tell el-Fara Sur, Tel Sera X, Tel Mor 8-7, Deir el-Balah 7-4, Tell Jemme (la antigua Yursa), y Tell el-Ajjul V. Estas fortalezas se hallan concentradas significativamente para vigilar las rutas comerciales: la llamada «ruta de Horus», entre el Delta y Gaza, fortificada por Setos I, y luego las rutas caravaneras transversales que conducían al golfo de Aqaba y a las minas de cobre de Timna, explotadas directamente por Egipto durante todo el período ramesida. En su momento (§ 3.9), veremos que esta distribución final de la presencia egipcia dejaría sus huellas incluso cuando el imperio entró en decadencia.

## 5. LA IDEOLOGÍA EGIPCIA

El faraón era un dios encarnado, según la ideología religiosa egipcia, y toda la imagería verbal y ceremonial relacionada con el modo de dirigirse a él que tenían los reyezuelos locales, demuestra que dicha ideología era conocida y aceptada. Los reyes locales se dirigían a él llamándolo «Sol de todas las tierras» y «dios» (o mejor dicho, «dioses», pues utilizan la forma de plural, como en hebreo *'ēlōhîm*), y se prosternaban «siete y siete veces», especificando incluso «siete veces boca abajo y siete de espaldas» (cosa que resulta bastante penosa). Se declaraban a sí mismos «terreno que pisa» y «escabel situado a sus pies», en perfecta coherencia con la iconografía faraónica de la época: en el palacio de el-Amarna, el pavimento del pasillo que conduce al salón del trono estaba decorado con las imágenes de extranjeros vencidos, a los que, por consiguiente, el faraón pisaba al andar; la predela



FIGURA 4. *La dominación egipcia: las formas de agasajo.*

del trono y las sandalias mismas de Tutankhamón estaban decoradas igualmente con imágenes de extranjeros vencidos a los que, también, el faraón pisaba al andar o cuando se sentaba.

El faraón exigía un juramento de sumisión tan breve como absoluto («No nos rebelaremos nunca [o nunca más] contra Su Majestad»: ANET, p. 238), aparte de esa especie de pecado original consistente en ser extranjero y además enemigo inferior, que no «vil» (como a menudo se traduce), sino predestinado a la derrota y a la sumisión total. El juramento se concretaba en el suministro anual del tributo, en la obligación de hospedar a los mensajeros y las caravanas egipcias que estuvieran de paso, en la obligación, también, de procurar las mercancías exigidas, e incluso (¡sumo honor!) de suministrar princesas para el harén real, acompañadas de una rica dote. Y se concretaba además en el compromiso de lo que los textos de el-Amarna llaman «proteger» la ciudad que les ha confiado el faraón: protegerla de los enemigos externos, pero sobre todo regentarla con eficacia y en disposición de responder a las exigencias de los egipcios. Los reyes locales se afanaban en garantizar el cumplimiento de su obligación de «proteger» (*našāru*) la ciudad, y de «escuchar» y «observar» (también aquí *našāru*) la palabra del faraón:

He oído las palabras del rey, mi señor y mi Sol, y aquí estoy, protegiendo a Megiddó, ciudad del rey, mi señor, día y noche: de día protejo desde los campos con los carros, por la noche protejo las murallas del rey, mi señor. Pero mira que es fuerte la hostilidad de los enemigos (*habiru*) en el país. (LA 88, procedente de Megiddó)

Todo lo que sale de la boca del rey, mi señor, mira que yo lo observo día y noche. (LA 12, procedente de Ascalón)

A cambio de todo eso, el faraón concedía la «vida» (egipcio: *'nh*, acadio amarniense *balātu*), que detentaba en calidad de monopolio y de la cual era dispensador benévolo. La «vida» era, en sentido político, el derecho a reinar como vasallo. Pero según la ideología egipcia era algo más preciso y concreto, era un «soplo vital» que salía de la boca del faraón (con su aliento, con sus palabras) en beneficio de quien era admitido a su presencia o era destinatario de sus mensajes. Quizás exagere un poco el tono el rey de Tiro cuando pretende expresar su alegría por haber recibido una manifestación, aunque sea indirecta (a través de un mensajero) del «soplo vital» del faraón:

Mi señor, el Sol que se levanta cada día en todas las tierras, según la costumbre del Sol, su buen padre; que hace vivir mediante su soplo benéfico, que vuelve como viento (fresco) del norte; y que mantiene en paz toda la tierra mediante la fuerza de su brazo; que profiere su grito en el cielo como Baal y toda la tierra se asusta ante su grito. He aquí que su siervo escribe a su señor, porque ha oído al hermoso mensajero del rey; que ha llegado hasta su siervo, y el soplo benéfico que ha salido de la boca del rey, mi señor, para su siervo; y ha vuelto a respirar. Antes de la llegada del mensajero del rey, mi señor, no respiraba, mi nariz estaba tapada. Pero ahora que el soplo del rey ha salido para mí, me alegro mucho y estoy feliz cada día. (LA 117)

Para los súbditos egipcios, la «vida» era la entrada en un circuito redistributivo, por medio del cual el faraón concedía el alimento necesario para vivir, y sobre todo era una perspectiva de supervivencia después de la muerte, prerrogativa inicialmente sólo del faraón, aunque luego redistribuida por éste a sus súbditos. Los súbditos extranjeros quedaban evidentemente excluidos de estas dos últimas implicaciones, a pesar de alguna que otra torpe tentativa por su parte de recibir también un poco de «vida», que no estuviese hecha sólo de palabras, sino también de víveres:

Desde hace dos años ando escaso de grano, ya no hay grano que comer para nosotros. ¿Qué puedo decir a mis campesinos?... Escuche el rey, mi señor, las palabras de su siervo fiel y mande grano en barcos y haga vivir a su siervo y a su ciudad. (LA 154, procedente de Biblos)

El faraón era, en efecto, un dios lejano, que los reyes palestinos encontraban más bien inerte y silencioso y, por lo tanto, de difícil comprensión y de fiabilidad incierta. Los reyes palestinos estaban acostumbrados a un sistema de relaciones políticas basado en la reciprocidad, que no tenía correspondencia en la ideología egipcia. Estaban acostumbrados a ser fieles a su señor, pero a recibir a cambio una protección (por consiguiente, a tener el trono garantizado contra los ataques externos o contra las insurrecciones internas). Estaban acostumbrados a pagar su tributo, pero también a ser ayudados en caso de necesidad. Estaban acostumbrados a responder a los mensajes de su señor, pero esperaban que éste respondiera a su vez a los mensajes que ellos le enviaran. Nada de eso tenía lugar: antes bien, el faraón manifestaba disgusto ante sus constantes solicitudes, y en cualquier caso no respondía; y sobre todo, mostraba un desinterés absoluto por la suerte que pudieran correr personalmente.

Ese «callar» o «permanecer quieto/inerte» se expresa en las cartas de el-Amarna mediante un verbo (*qâlu*), que corresponde por su campo semántico al hebreo *dāmam*. Lo encontramos en varios pasajes, cuya finalidad es en todos los casos mostrar perplejidad y desconcierto ante un comportamiento pasivo y como de quien se mantiene a la expectativa, ante una falta de reacción, que corría el riesgo de comprometer a todo el sistema:

¡Mira, Turbasu ha sido muerto en la puerta de Sile, y el rey se ha quedado callado/inerte! ¡Mira, a Zimrida (rey) de Laquis lo han herido unos siervos que se han hecho *ḥabiru*! ¡A Yaptikh-Adda lo han matado en la puerta de Sile, y el rey se ha quedado callado/inerte! (LA 41, procedente de Jerusalén)

Sepa el rey, mi señor, que está sana y salva Biblos, sierva fiel del rey, pero muy fuerte es la hostilidad de los enemigos (*ḥabiru*) contra mí. ¡No permanezca callado/inerte el rey, mi señor, respecto a Sumura, que no pase todo al bando de los enemigos (*ḥabiru*)! (LA 132, procedente de Biblos)

No es ya como antes, para las tierras del rey: todos los años las tropas egipcias salían a inspeccionar las tierras, mientras que ahora en la

tierra del rey e (incluso) en Sumura vuestra guarnición ha pasado al enemigo («se ha vuelto *habiru*»), y tú, sin embargo, permaneces callado/inerte. Manda tropas egipcias en gran número, que expulsen al adversario del rey de su tierra, y entonces todas las tierras pasarán al rey. ¡Tú eres un gran rey, no permanezcas callado/inerte respecto a este asunto! (LA 151, procedente de Biblos)

En efecto, el único interés del faraón era tener bajo su control el sistema, consciente de que el eventual usurpador del trono de un pequeño reino le habría sido tan fiel como el reyezuelo derrocado, al que, por consiguiente, no valía la pena defender. Sólo se decidía intervenir en caso de que estuviera realmente en juego la permanencia de la autoridad egipcia en el país.

Todos los años un pequeño regimiento egipcio hacía la ronda de los reinos palestinos con el fin de recaudar el tributo y otras mercancías específicamente solicitadas. El regimiento (unos pocos centenares de soldados) iba precedido de un mensajero que anunciaba su llegada y pedía que se tuviera listo todo lo necesario para su acogida y todo lo que debía ser entregado. El mensaje faraónico de aviso solicitaba además al reyezuelo que «protegiera» el puesto que le había sido confiado (lo que significaba mantenerlo en orden y en perfecto funcionamiento). Esos mensajes desencadenaban respuestas que nos muestran el estado de ánimo de los reyes locales, que denunciaban la imposibilidad en que se hallaban de proteger la ciudad y solicitaban la protección de su señor; o bien limitaban su protección sólo hasta la llegada de las tropas egipcias, vistas como una solución salvadora de todos sus problemas. Por último pedían que las tropas cumplieran su cometido asustando a los enemigos del reyezuelo, evidentemente presentados como enemigos del faraón.

Pero todo se revelaba inútil: las expectativas que tenían los reyes locales de contar con un apoyo del «dios lejano» contra sus enemigos, con una escapatoria a sus dificultades, con una salvación de los peligros que los rodeaban, quedaban sin respuesta y sin efecto. Evidentemente la fidelidad no bastaba para recibir la protección solicitada, lo que suscitaba dudas angustiosas respecto a si el propio comportamiento había sido el correcto o no, respecto a la presencia de calumniadores malévolos, o incluso a la eventualidad de culpas desconocidas.

## 6. EL PALACIO Y SU PROTAGONISMO

Las ciudades palestinas del Bronce Tardío mantuvieron por regla general el trazado urbanístico y las murallas construidas durante el Bronce Medio, época de máximo desarrollo de la región. La capital, rodeada de murallas, estaba centrada en el palacio real, residencia del monarca y de su familia, pero sede también de la administración, de los archivos, almacenes y talleres de artesanos especializados. Conocemos arqueológicamente el palacio de Megiddó (VII B), que no es precisamente demasiado grande: 1.650 m<sup>2</sup>, frente a los cinco mil del palacio de Ugarit, de la misma época, pero que, en cualquier caso, era a todas luces el más grande y más rico de toda Siria (LA 144), y que puede servirnos como modelo. El palacio, en realidad, no es sólo la casa del rey, sino que es el cruce de caminos de todo el reino, pues éste es en cierto modo propiedad del soberano.

Más concretamente, la dependencia del reino respecto del monarca asume dos formas bien distintas, y la población está dividida en dos grandes categorías. Por un lado están los «hombres del rey», que, en principio, carecen de medios de producción propios, trabajan para el monarca y reciben de él como recompensa los medios necesarios para su sustento. Por otro lado, está la población «libre» (los «hijos» del país en cuestión), que cuenta con medios de producción propios y proporciona al rey una parte de sus rentas en forma de impuestos. Los hombres del rey predominan en la capital y gravitan en torno al palacio real, mientras que la población libre predomina en las aldeas (incluida esa aldea residual que es la capital, una vez restado el ámbito palatino).

Ambas categorías se diferencian por sus características jurídicas, políticas y funcionales; sin embargo, no son dos clases económicamente compactas. La población libre se compone de forma mayoritaria de familias que poseen la poca tierra y el poco ganado que les permite vivir y reproducirse, pero que pueden también desembocar (bajo la presión de años poco propicios) en la vía sin retorno del préstamo a interés y con la garantía de la propia persona que lleva a la servidumbre por deudas. En cambio, dentro de los hombres del rey existen diferencias socioeconómicas muy grandes, con arreglo a una escala que va de la aristocracia militar de los combatientes en carro (*maryannu*), el sacerdocio, los escribas y los administradores, pasando por los distintos grupos de artesanos, mercaderes y guardias, hasta los verdaderos sier-

vos encargados del cuidado del palacio o los esclavos agrícolas desplazados a las haciendas palatinas para trabajar una tierra que no es suya.

Todos estos son jurídicamente siervos del rey, pero los modos y las dimensiones de sus retribuciones son distintos y determinan situaciones en realidad muy diferentes. Combatientes en carro, escribas y mercaderes pueden acumular riquezas sustanciosas, sobre todo en forma de tierras concedidas por el soberano. Bien es verdad que se trata de tierras dadas a título de concesión, y no en propiedad, y por ende aparejadas al desempeño del servicio. Pero suele suceder que el servicio se transmita de forma hereditaria, y con él las tierras: y también suele suceder que quien tiene recursos económicos suficientes consiga ser eximido del servicio mediante el pago de una suma. De ese modo, nada (excepto la memoria de su origen y del proceso seguido) diferencia una hacienda agrícola dada a título de concesión de una propiedad familiar hereditaria.

Alrededor del palacio real florece, pues, una clase alta que tiene en sus manos el poder económico, que está emparentada con el rey, que está muy relacionada con las actividades bélicas (habida cuenta de la conflictividad local endémica, impulsada por el desinterés de los faraones), que cultiva unos ideales heroicos de valor e intrepidez (a juzgar por los poemas que se recitaban en la corte de Ugarit), y que sabe apreciar los productos de una artesanía de lujo (armas y carros, joyas y vestidos), ya sean fabricados in situ o llegados de lejos a través de una densa red de intercambios comerciales y de regalos ceremoniales entre una corte y otra.

La transmisión del poder real sigue las normas empleadas para la transmisión de la herencia. Ha pasado ya el tiempo en el que la realeza estaba rígidamente fijada por el nacimiento y no daba lugar a contiendas. Hacía ya tiempo (desde mediados del segundo milenio) que habían arraigado las normas de que «no hay (diferencia entre) primogénito e hijo menor», y que la herencia iba a parar a quien hubiera «honrado» a sus padres, en definitiva a quien se la mereciera. El reino es una herencia indivisible y sólo puede ir a parar a uno de los hijos del rey difunto. Éste, naturalmente, se encargará de designar con tiempo a su sucesor, pero a su muerte los otros hijos insatisfechos intentarán hacer valer sus pretensiones. Los textos de la época están llenos de disputas entre hermanos, de usurpaciones (presentadas incluso como empresas heroicas), y hasta de casos de fratricidio y de parricidio.

Hay que hablar todavía del papel del templo. Se conocen gracias a la arqueología distintos tipos arquitectónicos de templos del siglo XIII: el tipo de tres salas en eje, como el de Jasor (H XIII), con su rica ornamentación en piedra (las estelas que la Biblia llama *maššēbôt*), el tipo «en forma de torre» (*migdāl*), como en Megiddó y Siquem, y otros. Pero en el escenario político esbozado más arriba, el templo tiene un papel completamente secundario, en contraste con el que tenía en Egipto o en Babilonia o incluso en Anatolia. Los sacerdotes se encuentran clasificados entre los «hombres del rey»; los templos son edificios de dimensiones modestas, dedicados al culto en sentido estricto en cuanto casas del dios (las ceremonias con afluencia de fieles tienen lugar al aire libre), y no están implicados en actividades económicas o comerciales, no son, pues, lugares de ricos tesoros. Desde luego los rituales que tienen al rey como protagonista (junto con la reina, si se trata de rituales de fertilidad) sirven para acreditarlo ante la población como garante de la correcta relación con el mundo divino, y para conferirle cierta aura de sacralidad. Pero el mundo de la política palestina parece el más «laico» que se haya visto en todo el Oriente Próximo hasta esa fecha.

## 7. AUGE ECONÓMICO E INTERCAMBIOS COMERCIALES

Dentro de los límites permitidos por los modestos recursos del país, las ciudades palestinas de los siglos XIV-XIII son económicamente opulentas y culturalmente vivaces. Los palacios albergan escuelas de escribas de ascendencia babilónica, necesarias para el adiestramiento de los escribas administradores que utilizan la escritura cuneiforme y la lengua babilónica no sólo para la correspondencia con el exterior, sino también para redactar los textos administrativos y jurídicos internos. Se trata de escuelas menos importantes que las de Siria, y también con niveles distintos entre los centros más ricos y los marginales, a juzgar por la calidad de la lengua babilónica utilizada en las cartas de el-Amarna, más o menos llenas de glosas cananeas y de anacolutos sintácticos. Las escuelas de escribas eran también la sede de la transmisión de textos literarios, y un poderoso instrumento para la difusión de un «estilo» sapiencial áulico, del que por lo demás tenemos escasos restos en Palestina (a diferencia del rico patrimonio textual recuperado en Ugarit).

La artesanía de lujo —elaboración de piedras duras y metales preciosos— está documentada por la arqueología y las fuentes textuales.

## Capítulo 7

### EL IMPACTO DEL IMPERIO ASIRIO

(ca. 740-640)

#### 1. LA CONQUISTA DEL NORTE

El largo período de independencia de los estados de Levante, comenzado hacia 1150 (cuando los «pueblos del mar» acabaron con el dominio hitita en el norte y con el egipcio en sur), tocó a su fin a mediados del siglo VIII por obra de Asiria. Ya en la segunda mitad del siglo IX debemos situar una primera fase de la intervención asiria. Después de que Asurbanipal II (883-859) lograra cohesionar de nuevo Asiria dentro de sus fronteras tradicionales hasta la cuenca media del Éufrates, se produjo una primera fase de expansión a cargo de Salmanasar III (858-824), que lanzó una serie de campañas contra Damasco, Hamat y otros estados siropalestinos, entre los cuales estaba Israel, con el célebre episodio de la batalla de Qarqar (853), en la que tomó parte Acab con un gran ejército (RIMA 3, p. 23). En 841 Jehú pagó tributo a Salmanasar III (RIMA 3, p. 48), y de nuevo hacia 800 Joás pagó tributo a Adad-nirari III (RIMA 3, p. 211). Durante toda esta fase Asiria no procedió a efectuar la anexión directa de ningún país, pero sometió a gran parte de los estados sirios al constante pago de tributos. La expansión territorial propiamente dicha sufrió una clara desaceleración y se vio retrasada debido al giro «feudal» que tomó el ordenamiento del imperio, algunos de cuyos altos funcionarios asumieron un control bastante autónomo y personal de grandes regiones. Durante la primera mitad del siglo VIII las intervenciones asirias más allá del Éufrates fueron absolutamente excepcionales.

Fue Tiglat-pileser III (744-727) quien atajó la tendencia a la fragmentación y el que reanudó una política de cohesión interna y de ex-

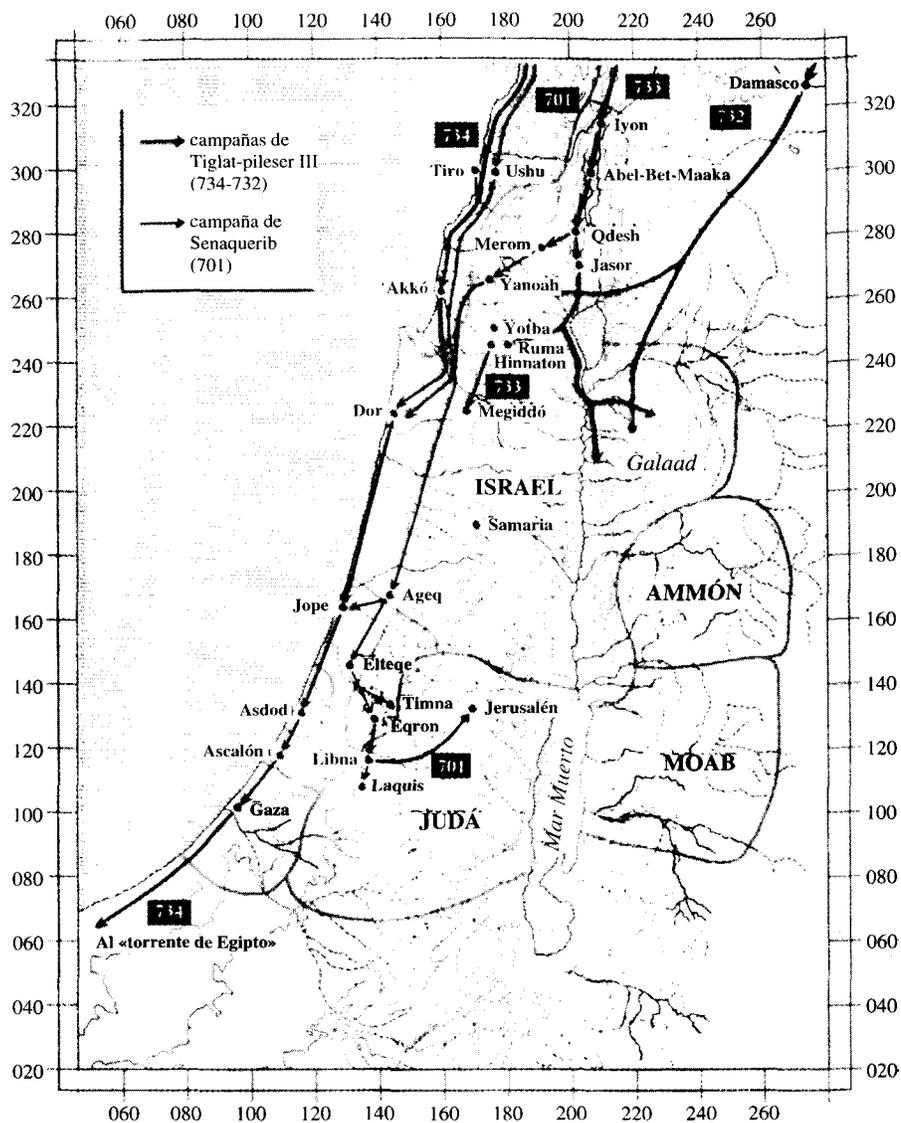


FIGURA 34. *La conquista asiria: las expediciones de Tiglat-pileser III y de Senaquerib.*

pansión en el exterior. La victoria campal de Kishtan (743) sobre Urartu y sobre la alianza de estados del norte de Siria le dejó de pronto las manos libres para extenderse por el territorio sirio y llegar hasta Palestina: bajo los golpes de una eficaz y despiadada maquinaria bélica fue-



FIGURA 35. *El sometimiento de Jehú en el obelisco de Salmanasar III.*

ron anexionados los reinos de Alepo, Patina, Hadrak, y por fin Damasco (732), que se había convertido (véase § 5.4) en el estado más poderoso de toda Siria. Después de estas anexionaciones, Asiria se vio directamente enfrentada a Israel.

En Israel, a raíz de la crisis de 747, había subido al trono el usurpador Menajem (743-738), que se apresuró a pagar tributo a Tiglat-pileser III a cambio de su reconocimiento como vasallo (2 Re 15:19-20; ITP, pp. 68-69). Su hijo Pecajías (738-737) pereció al poco tiempo a manos de otro usurpador, Pecaj (737-732), bajo el cual se produjo el primer acto de la tragedia. Pecaj, junto con el último rey de Damasco, Resin, amenazó la independencia de Judá y puso sitio a Jerusalén. El rey de Judá, Ajaz (736-716), pidió ayuda a Tiglat-pileser, declarándose siervo suyo (véase § 6.2). El monarca asirio, contento de disponer de un pretexto para intervenir, invadió la parte septentrional de Israel, conquistando sin dificultad Galilea y todo Galaad (734-733). Las destrucciones documentadas arqueológicamente en Tel Kinneret, En Gev y Tel Hadar, a orillas del lago Tiberíades, en Tell el-Fara Norte, en Bet-Sean (Vb), y en otros lugares, se atribuyen por lo general a esta expedición.

Tiglat-pileser no tomó Samaria, pero hizo eliminar a Pecaj a través de un enésimo golpe de estado, cuyo autor, Oseas, pudo reinar (732-724) como vasallo asirio (2 Re 17:1-6; ITP, pp. 140-141) sobre un territorio limitado para entonces a Efraím y Manasés. En el resto del territorio se constituyeron las provincias asirias de Dor (en la costa, hasta el Carmelo), Megiddó (Galilea), y Galaad (al este del Jordán).

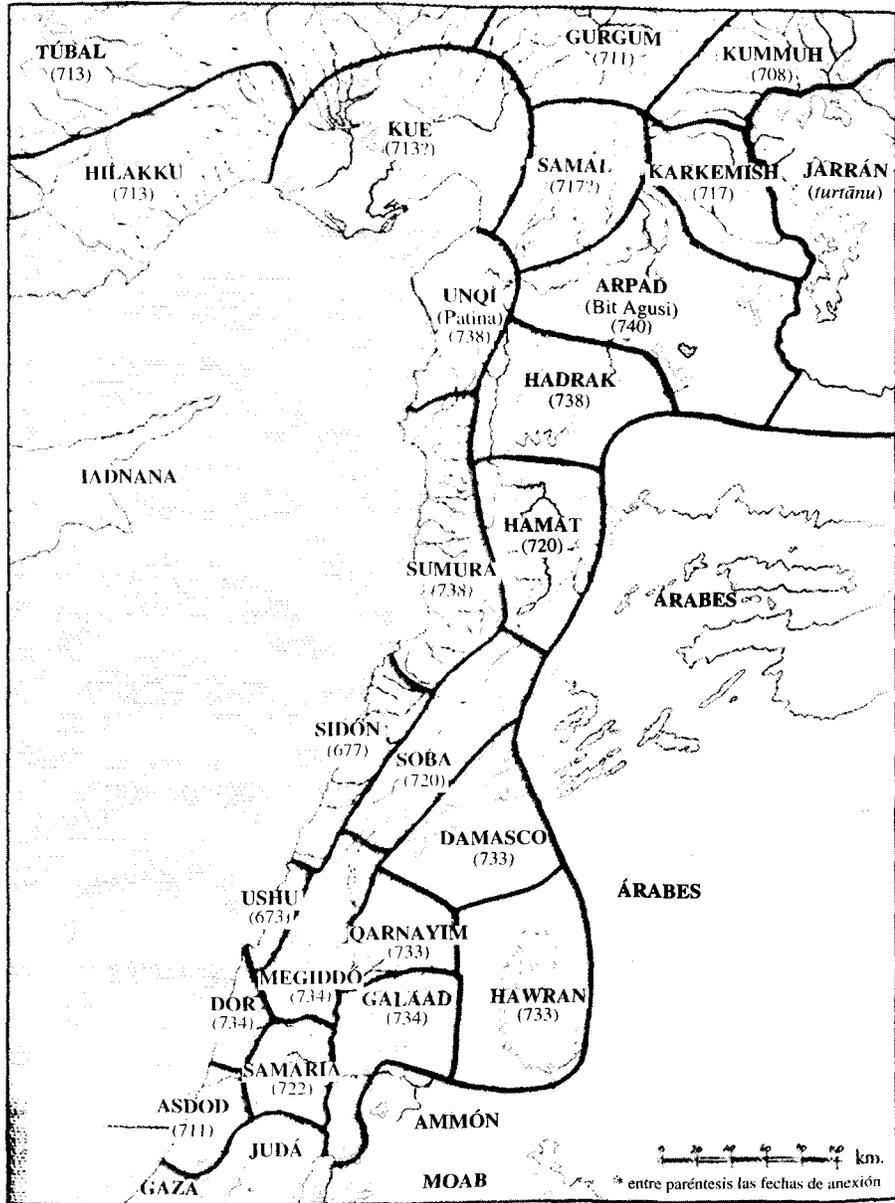


FIGURA 36. La conquista asiria: las provincias.

Poco antes, los asirios habían constituido también las provincias de Damasco, Qarnayim, Hawran, además de la de Gaza, en el extremo sur; y unos años más tarde, la de Asdod, en la Filistea septentrional. Cierta número de israelitas fueron deportados a Asiria: el pasaje de los anales de Tiglat-pileser (ITP, pp. 82-83) que contenía la lista detallada está en muy mal estado, pero la cifra total de 13.520 deportados parece segura.

Oseas reinó pagando tributo durante algunos años, hasta que decidió suspender el pago contando con las promesas de apoyo del faraón de Egipto (que en 2 Re 17:4 recibe el nombre de So; los anales asirios mencionan a un general llamado Sibe que estuvo activo en Gaza a comienzos del reinado de Sargón II). Salmanasar V intervino primero contra las ciudades de la Fenicia centromeridional (Sidón, Ushu, Akkó; *Alud* IX 283-287), y luego prosiguió contra Israel: hizo prisionero a Oseas y puso sitio a Samaria, que capituló en 721. Inmediatamente después murió Salmanasar, de modo que la conquista de Samaria es contada por su sucesor, el gran Sargón II, que se jacta de que tuvo lugar durante el primer año de su reinado:

Con la garantía de Assur, que me hace (siempre) alcanzar mis objetivos, combatí contra ellos ... 27.290 de sus habitantes me llevé, cincuenta carros tomé para mis tropas reales ... Samaria modifiqué y la hice más grande que antes. Gentes de las tierras por mí conquistadas hice residir en ella, establecí a uno de mis eunucos como gobernador sobre ellos, y les impuse tributo y cargas como a los asirios. (ISK, pp. 313-314)

Así, pues, fueron deportados 27.290 samaritanos, que fueron sustituidos por deportados de otras procedencias. La destrucción asiria está documentada arqueológicamente por el estrato VI de Samaria; la ciudad asiria es la del estrato VII. A las provincias ya existentes se sumó otra llamada precisamente Samaria. Así pues, en pocos años se vino abajo un reino poderoso (para la escala de valores de Levante) y aguerrido: pero ésa fue la suerte de todos los estados de la zona, de modo que la rapidez de la conquista nos indica sólo la enorme desproporción existente entre el gran imperio y los pequeños estados de Levante.

## 2. LA PRESIÓN SOBRE EL SUR

Mientras Israel se venía abajo, el reino de Judá (responsable de haber suministrado el primer pretexto para la intervención de Asiria) permanecía casi indemne, aunque desde luego obligado a tener en cuenta el drástico cambio sufrido por la situación. Ajaz, que se trasladó a Damasco para rendir homenaje a Tiglat-pileser y entregarle el tributo (ITP, pp. 170-171), adoptó a su regreso una serie de medidas para modificar la disposición del templo de Jerusalén (2 Re 16:10-18), aboliendo especialmente los símbolos de la realeza, para hacer que el culto estuviera más en consonancia con la nueva situación de subordinación política y las evidentes implicaciones ideológicas que comportaba.

El impulso expansionista de Asiria, que había llegado a su punto culminante durante los cuarenta años (744-705) correspondientes a los reinados de los dos grandes conquistadores, Tiglat-pileser III y Sargón II, no cesó, pero desde luego sufrió una desaceleración durante la primera mitad del siglo VII. El nuevo rey de Judá, Ezequías, hijo de Ajaz (716-687), consideró que podía suspender el pago del tributo y empezó incluso a desarrollar una política activa, atacando Gaza, estrechando sus relaciones con Egipto y más tarde también con el caldeo Marduk-apal-iddina (el Merodac Baladán de 2 Re 20:12-13), adoptando una postura a todas luces antiasiria. Más en concreto, dotó a Jerusalén de fortificaciones y de un sistema hidráulico que le permitieran resistir en caso de asedio, y construyó además la ciudadela satélite de Ramat Rahel (V B) y varias fortalezas para defender el país (véase § 7.4).

Evidentemente sus vecinos, sintiéndose amenazados, pidieron auxilio al emperador asirio, provocando así la intervención con todas sus fuerzas de Senaquerib (704-681) en 701. La expedición es relatada por el libro de los Reyes (2 Re 18-19) y por los anales del monarca asirio (AS, pp. 31-34), aunque cada documento haga hincapié en puntos distintos y especifique detalles diferentes. Parece claro que Ezequías, con el apoyo de un ejército egipcio, había extendido su influencia hasta Eqrón y Ascalón, fomentando en ambas ciudades rebeliones contra los reyes filoasirios, que fueron sustituidos por otros de tendencia opuesta. La intervención de Senaquerib se resolvió de manera favorable a sus intereses, pero no de forma decisiva: los egipcios fueron derrotados en la batalla campal de Elteqe (cerca de Timna), los reyes filoasirios fueron restablecidos en las ciudades filisteas, y la llanura judía de

la Sefelá fue devastada y luego asignada a las ciudades filisteas partidarias de los asirios (Asdod, Eqrón y Gaza). La conquista de Laquis es famosa por el relieve asirio que la representa y que se corresponde perfectamente con la topografía real de Laquis III y con los restos del terraplén asirio. De las zonas conquistadas los asirios aseguran haberse llevado a 200.150 deportados. La propia Jerusalén fue asediada, pero no capituló y pudo así salir indemne pagando un tributo, aunque bastante oneroso. La versión asiria adopta un tono triunfalista:

A Ezequías el Judío, que no se había sometido a mi yugo ... lo encerré en Jerusalén como a un pájaro en una jaula. Acumulé terraplenes contra él, y quien quería salir de las puertas de la ciudad era rechazado y devuelto a su miseria ... Ezequías quedó aterrorizado ante el esplendor de mi señorío, y fue abandonado por los mercenarios que había llevado para reforzar Jerusalén. Más de treinta talentos de oro y ochocientos talentos de plata, piedras preciosas y joyas, lechos y sillas de marfil, pieles y colmillos de elefante, maderas preciosas, todo tipo de tesoros, así como a sus hijas, a las mujeres de palacio, y a sus músicos varones y mujeres, se vio obligado a mandarme a Nínive, mi ciudad real. (AS, pp. 33-34).

En realidad, lo que sucedió fue que las defensas de la ciudad resultaron bastante eficaces y consiguieron prolongar la resistencia hasta el momento en que los asirios (como sucede en casos semejantes) se vieron obligados a levantar el campo. El alivio por haber escapado al peligro —con la aparición de una epidemia entre los sitiadores y la inminencia del regreso de los egipcios— fue tal que se atribuyó a la intervención divina (2 Re 19:35; eco en Hdt. 2.141).

Durante el resto del reinado de Ezequías, y luego durante todo el de su hijo, Manasés (687-642), Judá siguió siendo tributario de Asiria. El gran imperio renunció, al parecer, a convertir en provincias a los últimos pequeños estados que seguían siendo independientes (esto es, por un lado Judá, y por otro Ammón, Moab y Edom en Transjordania, y Gaza y Ascalón en Filistea), contentándose con su fidelidad y su tributo, y asegurando así medio siglo de *pax assyriaca*. No era que Asiria hubiera abandonado la idea de la expansión, sino que más bien había decidido picar más alto todavía. Manasés vio cómo por los caminos de Judá pasaban los ejércitos de Esarhaddon (en 673 y 669) y de Asurbanipal (en 663), que se dirigían a la conquista de Egipto, y tuvo además que prestar ayuda y contribuir al esfuerzo, siendo citado en los anales de uno y otro monarca (IAKA, p. 60 y BIA, p. 212) como vasallo fiel.

Pero a mediados de siglo, el impulso expansionista se había agotado por completo y la inactividad de Asurbanipal, ya viejo, permitió a la periferia del imperio volver a cobrar aliento.

### 3. DEPORTACIONES CRUZADAS Y PROVINCIALIZACIÓN

Si atendemos a las inscripciones reales asirias, la conquista de una región comportaba daños tremendos: ciudades destruidas, aldeas incendiadas, cosechas y ganados saqueados, árboles frutales talados y viñas arrancadas, habitantes asesinados, y «el resto» deportados. La insistencia y la complacencia de las narraciones en todo ello quizá formen parte de una propaganda del terror, pero no cabe duda de que las operaciones bélicas (con sus efectos directos y colaterales), la presencia del ejército enemigo, la conquista, las destrucciones y el botín se traducían en daños enormes para la población y la economía locales. Las cifras de más de cuarenta mil deportados de Israel y de casi veinte mil de Judá que proporcionan los anales asirios parecen bastante realistas (para otras zonas más populosas se citan cifras bastante mayores), y suponen un porcentaje bastante elevado de la población. Nótese que las deportaciones no afectan sólo a la familia real y a la corte palatina, que, por cierto, son tratadas aparte, sino a la población agropastoral en general de las aldeas y las pequeñas ciudades («hombres y mujeres, grandes y pequeños»), aunque se atendía especialmente a registrar las competencias laborales de carácter especializado.

En la ideología asiria esta fase destructiva tiene ya de por sí cierto sentido en cuanto castigo de traiciones pretéritas o de resistencia impía al dios Assur y al rey, su brazo armado. Pero adquiere un sentido más completo si a ella se añade la fase reconstructiva, de la que los monarcas asirios afirman hacerse también cargo, en consonancia con el principio según el cual la conquista significa la ampliación del orden a expensas de la sedición, y la afirmación de la justicia a expensas de la iniquidad. Al momento destructivo sucede, pues, otro reconstructivo, a la eliminación del palacio real y de la élite local sucede la disposición de un palacio provincial asirio para albergar al núcleo central de funcionarios asirios, y la deportación de la población local se entrecruza con la de otras provincias hacia el nuevo territorio conquistado. El objetivo final es una asimilación lingüística, cultural y política lo más completa posible, capaz de transformar a los vencidos en asirios. La asimilación completa la conquista, convirtiendo un reino rebelde y ex-

traño en una nueva provincia del cosmos bajo la dependencia directa del rey y del dios Assur. Así es como se expresa Sargón II:

A gentes de las cuatro partes del mundo, de lengua extranjera y de idioma incomprensible, habitantes de las montañas y de los llanos, súbditos todos de la luz de los dioses y del señor de todo, yo transporté por orden de Assur, mi señor, y por la potencia de mi cetro. Yo hice que se convirtieran en gentes de una sola lengua y las establecí allí. Les asigné como escribas y vigilantes a asirios, capaces de enseñarles el temor de dios y del rey. (ISK, p. 296)

Naturalmente, lo que desde el punto de vista imperial es un proceso de asimilación, desde el punto de vista local es un proceso de grave deculturación. Las capitales (Samaria, lo mismo que Damasco, Hamat y tantas otras), en otro tiempo animados centros de toma de decisión política y de relaciones diplomáticas, de desarrollo de la artesanía y el comercio, del culto religioso, de producción literaria, y de todas las expresiones de una cultura local y original, se convirtieron en simples sucursales administrativas de la capital imperial, con la única función de vehicular recursos humanos y materiales hacia el centro. Pero la reestructuración se llevó a cabo intentando aniquilar la individualidad cultural sin provocar un colapso económico y demográfico.

La arqueología documenta perfectamente la persistencia de los asentamientos en las zonas conquistadas por los asirios. En Samaria (VII) se han encontrado incluso un fragmento de estela de Sargón II y un par de tablillas administrativas asirias; en 690 un gobernador de Samaria fue epónimo (SAA, Suppl. II, p. 50). Megiddó (III) fue reconstruida con arreglo a un trazado urbanístico distinto (ortogonal) y con dos grandes casas de planta asiria provistas de patio central; también en Tell Keisan (V-IV) encontramos un nuevo trazado urbanístico. En Guezer se han encontrado dos tablillas asirias (signo de que era un centro administrativo), en Jasor dos edificios públicos, y en Tel Kinneret un fuerte con una pequeña residencia asiria. Bet-Sean (IV), Tel Dan, Siquem (VI), Tirsá (Fara Norte VII E), Laquis (II) y Dotán (I) fueron objeto de reconstrucciones, aunque modestas; en Bétel fue reconstruido el templo. Hay otros pequeños palacios provinciales, de típica planta asiria, y provistos de cerámica asiria fina «de palacio» concentrados en el extremo sur, entre los alrededores de Gaza y el valle de Berseba: en Tell Jemme (EF), Tell Abu Salima (G), Tell Haror, y Tel Sera (V-IV). Constituye un claro signo del interés asirio por controlar las

vías de acceso al Delta egipcio y la ruta caravanera transversal del Negev. Prosperan también los centros de la franja costera, desde Dor hasta Egron (Tel Migne I C-B, con su industria aceitera).

En este contexto de remodelación demográfica y territorial al servicio de los intereses asirios y bajo la atenta mirada de las guarniciones y los funcionarios de ese imperio, la práctica de las deportaciones cruzadas que afectó a casi cuatro millones y medio de personas en el arco de tres siglos desempeñó un papel esencial. El relato bíblico de la conquista de Samaria cuenta primero la deportación de los israelitas:

El rey de Asiria tomó a Samaria y llevó cautivos a sus habitantes a Asiria, haciéndoles habitar en Calac y Jabor, junto al río Gozán, y en las ciudades de la Media. (2 Re 17:6)

Y poco después narra la llegada de los deportados extranjeros:

El rey de Asiria mandó gentes de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Hamat y de Sefarvaím, y las estableció en las ciudades de Samaria, en lugar de los hijos de Israel. Se posesionaron de Samaria y habitaron en sus ciudades. (2 Re 17:24)

Por los textos de Sargón II sabemos que este monarca deportó a Samaria también a árabes:

A los tamudos, ibadidas, marsimanos y haiapas, árabes, habitantes lejanos del desierto, que no conocen vigilante ni funcionario, que a ningún rey habían rendido tributo nunca, por mandato de Assur, mi señor, yo los abatí, y al resto los deporté y los establecí en Samaria. (ISK, p. 320)

La nueva sociedad debía ser mixta, no tanto una mezcla de dominados y dominadores (éstos eran pocos y eran considerados valiosísimos), sino de dominados de distinto origen.

Los resultados fueron los esperados. La resistencia política, privada de sus centros de elaboración, fue totalmente erradicada, mientras que la economía local quedaba debidamente salvaguardada. Al principio se produjo un saldo demográfico pasivo, pues muchos deportados murieron por el camino, y los que llegaron a su destino tuvieron problemas a la hora de empezar una nueva vida en un contexto en el cual eran extraños (para los deportados samaritanos, véase SAA I 220, 255; XV 280). Las dificultades demográficas eran corrientes en todo el im-

perio, pero por parte de los asirios no había le menor intención de convertir los territorios conquistados en un desierto; antes bien, se hacía todo lo posible para hacerlos productivos y populosos. Se deportaban familias enteras, comunidades homogéneas, precisamente con el fin de mantener alta la moral y la voluntad de vivir y trabajar.

La asimilación lingüística se produjo en beneficio del arameo, que era la lengua más difundida en el imperio y particularmente en la zona (Babilonia, Siria) de la que procedía la mayor parte de los deportados. En la propia Asiria del siglo VIII-VII el arameo se puso al mismo nivel que el asirio como lengua de la administración, por no decir como lengua hablada. La asimilación religiosa no desembocó en la imposición de la religión asiria, más que en el ámbito de algunas ceremonias estatales y de alguna que otra declaración de principios. Dio lugar, en cambio, a un sincretismo difuso y variado entre los múltiples cultos importados por los recién llegados, lo que quedaba de los cultos cananeos, y una revisión del yaveísmo que algunos, al menos entre los supervivientes, consideraron el elemento más fuerte de autoidentificación y también de unión con el reino (hermano y superviviente) de Judá. Pero desde el luego el resultado debió de parecer inaceptable a los yaveístas ortodoxos del sur (véase la condena deuteronomista en 2 Re 17:29-34, con noticias sobre las divinidades de los inmigrantes), que justo entonces —y precisamente como reacción ante los acontecimientos y ante la condición a la que en consecuencia quedó reducido el norte—, dieron forma a una religión cada vez más precisa y exclusiva.

#### 4. CRECIMIENTO Y PROSPERIDAD EN EL REINO DE JUDÁ

En el sur, el intento de Ezequías de resistir a la presión asiria se basaba en la disponibilidad de un reino que estaba experimentando un rápido crecimiento en el ámbito de sus recursos materiales y de su conciencia ideológica. Es probable que tras la conquista de Samaria, algunos grupos de israelitas del norte encontraran refugio en Judá, contribuyendo a su crecimiento demográfico, a su competencia administrativa y a su elaboración religiosa. Pero los factores de crecimiento más importantes se encuentran en la estabilidad política (los dos largos reinados de Ezequías y Manasés cubren un total de 85 años) y en la contigüidad del imperio asirio, que primero (en la fase de agresión) estimuló la movilización de los recursos humanos y morales, y luego (en la fase de coexistencia) permitió su introducción en un escenario más amplio.

La movilización inicial se tradujo en las grandes intervenciones urbanísticas de Ezequías en Jerusalén y en otros lugares. En la capital se construyeron unas nuevas murallas (con demolición de casas particulares, deplorada en 1 Is 22:10) para proteger los nuevos barrios que se habían formado en poco tiempo en la colina occidental: la ciudad pasó de las cinco hectáreas (en gran parte ocupadas por el templo y el palacio) a las sesenta, y la población estimada pasó de las mil a las quince mil personas en el curso de una generación. Los nuevos barrios se llaman (Sof 1:10-11) Mishne, «ensanche», que sería el del noroeste, y Maktesh, «muela» (metáfora alusiva a la depresión en la que se formó), correspondiente al valle situado entre la vieja ciudad de David y la ciudad nueva. La otra gran realización de este monarca fue la construcción de un amplio estanque (la piscina de Siloé, precisamente en el fondo del Maktesh), alimentado a través de un túnel que conducía hasta el interior de las murallas el agua del manantial de Guijón. Esta notable obra de ingeniería hidráulica está atestiguada no sólo por la Biblia (2 Re 20:20, 2 Crón 32:30), sino también por una inscripción que celebra la finalización de las obras describiendo vivamente el momento en el que las dos cuadrillas de excavadores que habían trabajado en los dos extremos opuestos del conducto se encontraron por fin:

Ésta es la abertura y así se llevó a cabo la abertura: cuando los picadores trabajaban con el pico, uno contra otro, y cuando faltaban tres codos para que se hiciera la abertura, se oyó la voz de un hombre llamar a otro, porque había una grieta en la roca a la derecha y a la izquierda. El día en que realizaron la abertura, los picadores golpeaban uno frente a otro, pico contra pico, hasta que las aguas del manantial llegaron al estanque, por un espacio de mil doscientos codos, y cien codos era la altura de la roca sobre la cabeza de los picadores. (SSI I 7)

El desarrollo de las obras y del asentamiento de la población fue, sin embargo, más allá, en el tiempo y en el espacio, de las realizaciones dictadas por la inminencia del asedio, continuando incluso durante el período de la «paz asiria». Jerusalén domina claramente la jerarquía de los asentamientos, con sus sesenta hectáreas frente a las diez de Laquis y las tres o cuatro de las otras pequeñas poblaciones. Laquis, el mayor centro de la Sefelá, se desarrolló de modo repentino a finales del siglo VIII (estratos IV-III), y fue rodeada de una poderosa muralla, con doble puerta: una interna de seis vanos y otra externa con rampa en forma de codo. La puerta daba a una plaza, desde la cual, a través de otra puerta de seis vanos, se accedía al conjunto palatino. Era, pues, un

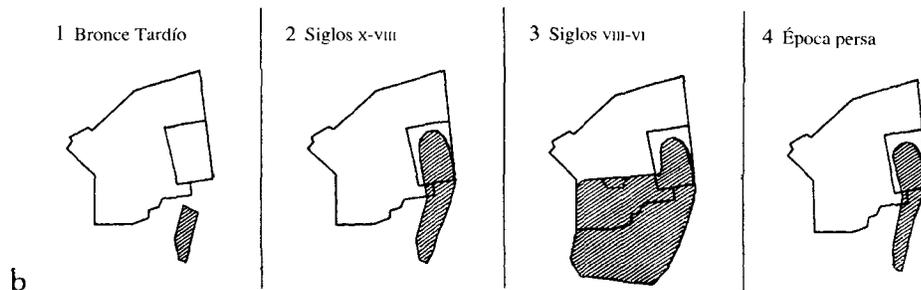
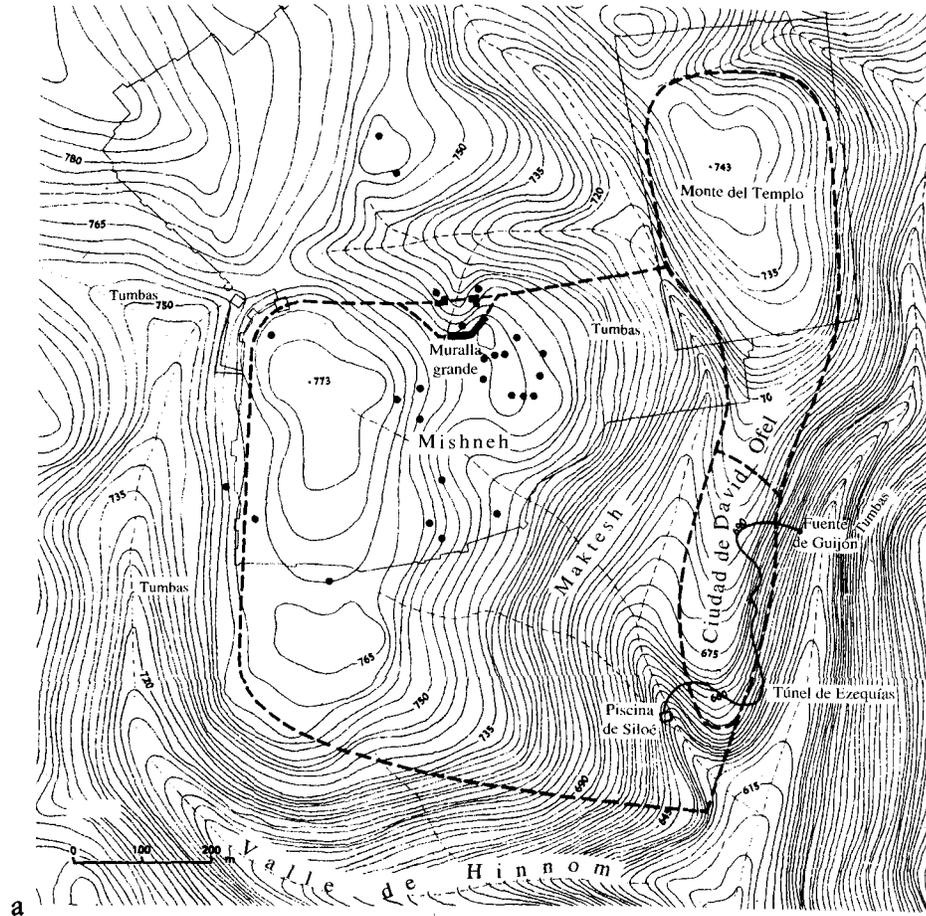


FIGURA 37. La ampliación de Jerusalén. (a) La «ciudad de David» y la ampliación de Ezequías. (b) Las dimensiones de la ciudad a lo largo del tiempo.

centro administrativo importante y estupendamente provisto en la época del asedio de Senaquerib. También la residencia real de Ramat Rahel (V B), a mitad de camino entre Jerusalén y Belén, probablemente fuera construida por Ezequías. La lista de fortalezas judías, que 2 Crón 11:5-12 y 23 atribuye a Roboam, debe atribuirse con toda probabilidad a Ezequías, y lo mismo cabe decir de una serie de fortalezas conocidas arqueológicamente: las de Hirbet Marjama, Rujm Abu Muhayr —en posición estratégica en las rutas que conducen hacia el valle del Jordán—, Tell el-Hesi, Tell Judeide y Tell Zakariya (Azeqa) —todas ellas en los alrededores de Laquis, en la frontera con la provincia asiria de Asdod—, y por último Hirbet Rabud (B), vigilando la frontera meridional.

Los poblados agrícolas tanto de la llanura como de las colinas de Judá crecieron en número y en dimensiones, y la gran crisis a raíz de la devastación de Senaquerib parece que fue superada con rapidez. La producción de vino está atestiguada especialmente en Gabaón gracias a las marcas de las ánforas de vino (SSI I 14); y tenemos atestiguado un particular desarrollo de la producción de aceite de oliva debido a la extraordinaria concentración de piedras de moler aceituna halladas en las excavaciones de Tel Míqne (Eqron), atribuibles a esta época. Véase también la alusión a «mil cien (medidas/tinajas) de aceite; del rey» en un *ostrakon* de Tell Qasile (SSI I 4), en la zona costera, pero con onomástica yaveísta. Si bien los recursos de la Sefelá eran dirigidos en aquellos momentos hacia las ciudades filisteas y los palacios asirios, los de las mesetas eran dirigidos evidentemente hacia Jerusalén. Así lo demuestran las ánforas de aceite y sobre todo las de vino (de casi cincuenta litros), con el característico sello *lmlk*, «para el rey», y la indicación de cuatro distritos de procedencia (Hebrón, Soco, Zif y Memshat, esta última todavía sin localizar). Conocemos dos tipos de marcas reales, una con escarabeo de cuatro alas, y otra parecida al sol alado, ambas de evidente inspiración egipcia; y conocemos sellos de funcionarios (con sus nombres y sus cargos), entre los cuales se encuentra Sobná, bien conocido por el relato de Isaías. El conjunto de los sellos parece bastante compacto en el tiempo, y la concentración de los hallazgos en Laquis III hace pensar en una organización basada en la defensa militar, a causa de la coyuntura existente en tiempos de Ezequías. Es posible que la aparición de la amenaza asiria obligara a replantear un sistema de centralización de los productos alimenticios ya utilizado con anterioridad, en épocas normales. Aparte de Laquis, se han encontrado muchos en Ramat Rahel VB, en Jerusalén, Gue-

zer V, Hebrón, Bet-Sur, Bet Shemesh, Tel Batash (Timna), y en muchas de las fortalezas citadas anteriormente: la zona de difusión —como ha sido señalado— coincide con bastante exactitud con la lista de fortalezas de 2 Crón 11 que acabamos de mencionar.

Los campos de Judá alcanzaron en el siglo VIII su máxima densidad de población, llegando hasta el límite de su capacidad de sostenimiento; y paralelamente se produjo una expansión hacia las zonas semiáridas adyacentes, que proseguiría después en tiempos de Josías (véase § 8.3). En el Negev, no sólo en el uadi Berseba, sino también en zonas decididamente desérticas, empezaron a aparecer fortalezas destinadas a proteger la frontera y a controlar las rutas caravaneras. Como hipótesis razonable, pueden atribuirse a Ezequías Arad VIII, Qadesh-Barnea fortaleza media, y Tel Ira VII, que es un verdadero centro administrativo fortificado. Todas estas fortalezas puede que fueran destruidas a raíz de la expedición de Senaquerib.

La explotación de las zonas predesérticas implica la utilización de técnicas de cultivo de secano (con presas para retener el agua y la tierra en los uadi en los que se producían riadas imprevistas), técnicas por lo demás puestas a punto ya durante la primera Edad del Hierro (véase § 2.6), pero aplicadas en este momento a una escala mucho mayor. Es probable que el reino de Judá pudiera por fin gozar de su introducción en el rico tráfico de productos de origen surarábigo, que paralelamente marcó también el crecimiento de los asentamientos y la fortuna económica de Edom y de los demás estados distribuidos por la llamada ruta real, en aquellos momentos (después de siglos de encarnizadas guerras entre arameos, israelitas y moabitas) segura ya gracias a su sometimiento común, de forma directa o indirecta, al imperio asirio. Resulta significativo que otro de los *ostraka* de Tell Qasile citados registre «treinta siclos de oro de Ofir para Bet-Horon» (SSI I 4): la cantidad es modesta, pero el topónimo, Ofir, recuerda a la Arabia meridional y al tráfico comercial por el mar Rojo.

##### 5. LAS REFORMAS DE EZEQUÍAS Y EL DEBATE PROFÉTICO

También en el plano ideológico la presión asiria provocó un movimiento de reacción que se concentró en la época de Ezequías, además de una serie de influencias más generales dispersas en el tiempo a lo largo de todo el período comprendido entre la intervención de Tiglatpileser III y el final del imperio. En cuanto a ese momento de reacción,

## Capítulo 9

### EL IMPACTO DEL IMPERIO BABILÓNICO (ca. 610-585)

#### 1. NABUCODONOSOR Y LA RECONQUISTA IMPERIAL

Tras derrotar a los egipcios en 609 en Karkemish y Hamat, Nabucodonosor continuó realizando campañas anuales para someter al nuevo imperio neobabilónico (o caldeo) todos los territorios de la franja siro-palestina que habían estado subordinados en otro tiempo a Asiria, así como los que habían seguido siendo independientes hasta entonces. La «Crónica Babilónica» presenta su sometimiento como un acto en un principio espontáneo e incruento: «Todos los reyes de Hatti (Siria y Palestina) vinieron a su presencia y él recibió su enorme tributo» (ABC, p. 100:17). Pero una fuente profética recoge el efecto aterrador que el nuevo «azote de Dios» produjo sobre las poblaciones locales:

Pues he aquí que voy a suscitar a los caldeos, pueblo feroz y arrebatado, que marchará por las anchuras de la tierra para conquistar moradas ajenas. Es espantoso y terrible; su derecho y su elación sólo de él emanan. Sus caballos son más ligeros que el tigre, más voraces que lobos nocturnos. Sus jinetes avanzan con insolencia, sus caballeros vienen de lejos, volando como el águila que se precipita para devorar. Todos llegan para entregarse a la violencia. Sus rostros ardientes son (como viento) solano y amontonan cautivos como arena. Se burla de los reyes, se mofa de los príncipes, se ríe de todas las plazas fuertes; alza un terraplén y las toma. (Hab 1:6-10)

La imagen habitual de los babilonios como menos «feroces» que los asirios depende de las estrategias de comunicación de unos y otros.

Los reyes asirios habían practicado (en las inscripciones conmemorativas, así como en los relieves de los palacios) una verdadera estrategia del terror, mientras que los caldeos intentaron atribuirse una imagen de benevolencia y de entrega al cuidado de los templos, sin ni siquiera recordar las empresas militares en sus inscripciones conmemorativas. Cuando aluden a ellas, acentúan la liberación de los pueblos y la utilización cultural de los recursos, sin recordar apenas la violencia bélica:

El Líbano, montaña del cedro, sobre la cual un enemigo extranjero (los egipcios) gobernaba depredando sus riquezas: sus gentes estaban dispersas, tras huir lejos. Con la potencia de mis señores Nabu y Marduk, yo organicé el ejército para una expedición al Líbano. Hice feliz aquella tierra arrancando de ella al enemigo arriba y abajo. A los habitantes dispersos los reuní y volví a establecerlos... (se jacta de la tala de cedros y de su transporte a Babilonia)... Hice vivir a los habitantes del Líbano con seguridad, a todos juntos, sin que nadie los molestase. (ANET, p. 307)

Los tiempos habían cambiado y la destrucción del imperio asirio, llevada a cabo bajo el signo de la liberación, había dejado sus huellas, al menos en el ámbito de las declaraciones de principio. Pero a la hora de la verdad, en la práctica bélica, los niveles de violencia habían permanecido inalterables; es más, los caldeos supieron añadir a la eficiencia de la maquinaria de combate y de asedio (análoga a la asiria) la movilidad del saqueador, propia de su origen tribal.

De todos modos, algunos intentaron resistir; y se han hecho famosos los dos asedios de Jerusalén y Tiro, los dos reinos que habían intentado aprovecharse del vacío de poder para implantar unas políticas de desarrollo autónomo, a las cuales no podían renunciar sin intentar al menos ofrecer algún tipo de resistencia.

El sitio de Jerusalén tuvo un final muy rápido. Joaquim llevaba tres años siendo tributario de Nabucodonosor cuando decidió intentar la rebelión. Pero murió ese mismo año (598) y le sucedió su hijo Joaquín, de apenas dieciocho años. (Se ha encontrado un sello de Eliaquín, funcionario de Joaquín, en Ramat Rahel V A.) Éste, asediado por los babilonios, decidió capitular inmediatamente. Los babilonios lo deportaron junto a su familia, a la clase dirigente, y a los artesanos especializados. Saquearon los tesoros del templo y del palacio real, empezando por los enseres de oro realizados en época de Salomón (¿pero cuántas veces habían sido saqueados ya o entregados como pago del

TABLA 6. *Cronología del Oriente Próximo, 650-525*

<i>Egipto</i>	<i>Judá</i>	<i>Tiro</i>	<i>Asiria</i>	<i>Babilonia</i>	<i>Media</i>
650 XXVI Dinastía Psamético I 664-610	Josías 640-609		Asurbanipal 668-631	Kandalanu 647-627	Kashtaritu 670-625
	Joacaz 609		Ashur-etil-ilani 630-627	«sin rey» 626	
	Joaquim 609-598		Sin-Sharishkun 627-612		
Necao 610-595			Ashur-uballit 611-609	Nabopolasar 625-605	Ciaxes 625-585
600 Psamético II 595-589	Joaquín 597	Itto-Baal III ?-585		Nabucodonosor II 605-562	Astiages 585-550
Ápries 589-570	Sedecías 597-586	Baal 585-575		Awil-Marduk 561-560	
Amasis 570-526		Jueces 574-562		Neriglisar 559-556	
				Labashi-Marduk 556	
550 Psamético III 526-525		Merbaal 561-559		Nabonedo 555-539	
		Hírom 559-539			

tributo?). Dejaron como rey vasallo a Sedecías, tío de Joaquín (y por lo tanto el tercer hijo de Josías en ocupar el trono, después de Joacaz y de Joaquim).

Tiro resistió, en cambio, a un asedio de trece años (598-585; *CAp.* I 21), gracias a su posición insular, que hizo que a los babilonios les resultara muy difícil aplicar sus habituales técnicas de asedio. Finalmente capituló y el rey rebelde, Itto-Baal III, fue sustituido por el vasallo Baal. La caída de Tiro sería celebrada por Ernest Renan como un ejemplo de encarnizada y nobilísima resistencia en nombre de los valores de la libertad frente a la opresión imperial:

Tiro fue la primera ciudad que defendió su autonomía contra las terribles monarquías que desde las orillas del Tigris y del Éufrates amenazaban con aniquilar la vida del Mediterráneo ... Cien o doscientos años antes de las victorias de Grecia, tuvieron lugar unas *guerras médicas* casi tan gloriosas como las del siglo v, y en las cuales todo el esfuerzo lo aguantó Tiro.

Pero hay que decir también que en su momento la caída de Tiro fue acogida con evidente satisfacción en ciertos ambientes proféticos judaicos (como veremos dentro de poco) y presumiblemente también entre las poblaciones siropalestinas que habían seguido con envidia y preocupación el crecimiento económico y político de la ciudad fenicia, marcado probablemente por prácticas crediticias y mercantiles muy duras.

## 2. LAS ESTRATEGIAS LOCALES Y LOS ORÁCULOS CONTRA LAS «NACIONES»

Frente a la presión babilónica, los reyes locales adoptaron políticas diferentes e incluso contrarias unas a otras. La noticia (2 Re 24:2) de que Nabucodonosor mandó contra Jerusalén «tropas caldeas, tropas de los sirios (arameos), tropas de los moabitas y de los amonitas», pone de manifiesto el empleo de tropas auxiliares locales, aprovechando los viejos rencores existentes entre los pueblos palestinos. Al principio algunos buscaron la ayuda de los egipcios, como había sido habitual siempre. Poseemos fragmentos de una carta (en arameo) en la que un rey de Eqrón (si es correcta la lectura de la anotación en demótico) solicita la intervención del faraón contra los babilonios ha-

ciendo alusión al pacto de fidelidad a cambio de protección que todavía estaba vigente:

Al señor de los reyes, el faraón, de tu siervo Adón, rey de E[qrón. Los dioses] del cielo y de la tierra, y Baal Shamin, el gran dios [concedan el bienestar a mi señor, el faraón, señor de los reyes, y den] [al faraón largos días] como los días y las noches del cielo. El ejército del rey de Babilonia ha llegado. Han avanzado hasta Afec ... han tomado ... se han llevado ... el faraón, señor de los reyes, sabe que tu siervo ... y mande tropas para salvarme. No me abandones ... tu siervo (siempre) ha observado estas disposiciones .... (SSI II 21)

Pero el faraón (como dice 2 Re 24:7) «no salió ya más de su tierra», y en el mejor de los casos Egipto seguiría siendo lugar de refugio para las élites que se librarán del exterminio.

La principal fuente de información acerca de los conflictos locales, exacerbados por la presión babilónica, la constituyen los llamados «Oráculos contra las Naciones (*gôyîm*)» pronunciados por los profetas Sofonías (ya en tiempos de Josías) y después sobre todo por Jeremías (46-51) y Ezequiel (25-32). El género literario en cuestión no es nuevo: ya hemos visto (§ 7.5) que hay un primer bloque de oráculos contra las Naciones colocado en correspondencia con las invasiones asirias; pero el bloque principal se sitúa en relación con la invasión babilónica, tras lo cual el género desaparecerá (salvo alguna que otra reutilización esporádica contra los edomitas de época posterior a la Cautividad). Resulta, pues, evidente la relación entre la intervención imperial y la aparición en forma explícita y violenta de las discordias locales y del proceso de autoidentificación étnica en el mosaico palestino. Precisamente en el momento de su eliminación como entidades políticas autónomas, los estados locales (ya sean del tipo ciudad estado, o sobre todo del tipo étnicotribal) parecen alcanzar un alto grado de identificación y de contraposición.

El gran acontecimiento del sometimiento imperial y su lectura en clave teológica comportan lógicamente la existencia de oráculos contra Israel y Judá en cuanto reinos castigados por su infidelidad, contra asirios y babilonios en cuanto instrumentos divinos de dicho castigo, pero también en cuanto pueblos exagerados en su furia destructiva y destinados ellos mismos a sufrir a su vez el castigo divino, y por último contra los egipcios en cuanto su potencial protección humana se plantea como alternativa a la divina. Pero la mayor parte de las maldiciones va dirigida contra las otras naciones, víctimas también de la

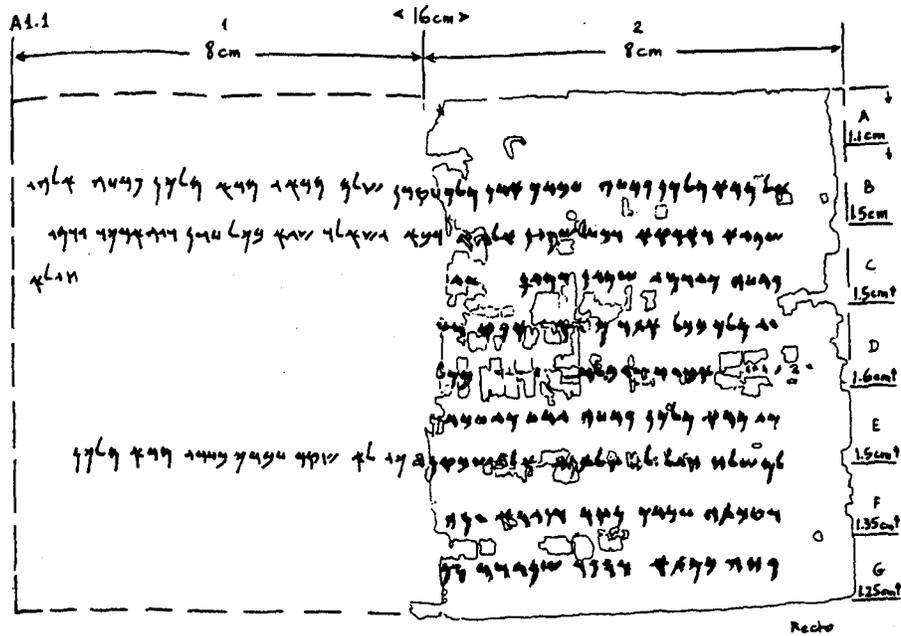


FIGURA 42. La carta de Adón, rey de Ebron.

conquista imperial. En la base de estos oráculos podemos encontrar varias motivaciones: en tiempos de las invasiones asirias, la ruina de los estados más septentrionales, ya sometidos, debía de servir de ejemplo para los que todavía seguían luchando. En tiempos de la conquista babilónica, ese efecto de anuncio ya ha quedado superado y las profecías dan lugar sobre todo a la alegría desmedida por la ruina de viejos rivales y al rencor por la colaboración prestada a los invasores:

Así dice el Señor, Yavé: Por el comportamiento de Edom, que tomó venganza de la casa de Judá y se manchó sobremanera vengándose de ellos, por eso, así dice el Señor, Yavé: También yo tenderé mi mano sobre Edom, y exterminaré hombres y bestias, y lo reduciré a ruinas; desde Temán hasta Dedán caerán a la espada. Y pondré la venganza contra Edom en manos de mi pueblo Israel, que tratará a Edom conforme al furor de mi ira, y sabrán que yo soy Yavé y que es mía la venganza. Así dice el Señor, Yavé. (Ez 25:12-14)

La alegría por la ruina de los vecinos es la más previsible: por un lado las ciudades filisteas y por otro los estados transjordanos tenían

una larga historia de conflictos con Judá por las zonas fronterizas (la Sefelá por el oeste y Galaad por el este), conflictos que el colaboracionismo con los invasores había exacerbado. Pero en Ezequiel cabe subrayar la insistencia y la sofisticada elaboración literaria de los oráculos contra Tiro (26-28) y contra Egipto (29-32). Tiro es culpable sobre todo de haber intentado durante el vacío de poder de los años 640-600 llevar a cabo un crecimiento en cierto modo competitivo con el de Judá, aunque jugando más en el plano del comercio y de la economía. Egipto probablemente sea culpable de haberse jactado de poseer una potencia que luego se reveló inadecuada contra los babilonios, aunque la invasión de Nabucodonosor en Egipto, profetizada tanto por Ezequiel (29-30) como por Jeremías (43:8-13; 46:13-26), no se produciría nunca en los términos indicados por ellos. En el plano teológico, por último, tanto Tiro como Egipto son criticados por tener una concepción de la monarquía que sitúa al rey demasiado alto, a un nivel divino, con pretensiones ideológicas que resulta fácil —a quien no las comparte— poner en evidencia y ridiculizar mediante el sarcasmo:

Di al príncipe de Tiro: Así habla el Señor, Yavé: Por cuanto se ensoberbeció tu corazón y dijiste: «Soy dios, habito en la morada de dios, en el corazón de los mares», y siendo tú un hombre, no un dios, igualaste tu corazón al corazón de Dios, y creyéndote más sabio que Daniel, que ningún secreto se te ocultaba, que con tu sabiduría y tu prudencia creaste tu poderío y acumulaste el oro y la plata en tus tesoros, y con tu gran sabiduría y tu comercio acrecentaste tu poder, y con tu potencia se ensoberbeció tu corazón. Por eso así dice el Señor, Yavé: Pues que hiciste tu corazón igual al corazón de Dios, yo traeré contra ti a extranjeros, a los más feroces de los pueblos, que desenvainarán la espada contra la belleza de tu sabiduría y profanarán tu esplendor. Te harán bajar a la huesa, y morirás con la muerte de los que mueren en medio de los mares. (Ez 28:2-8)

### 3. EL DEBATE POLÍTICO INTERNO

Al contar la rebelión de Sedecías, el Cronista hace una valoración negativa de ella en lo concerniente a la sacralidad del pacto de vasallaje que había sido quebrantado:

(Sedecías) no se humilló ante Jeremías, profeta, que le habló de parte de Yavé. Rebelóse asimismo contra Nabucodonosor, al cual había jurado por Dios fidelidad. (2 Crón 36:12-13)

Esta crítica puede parecer sorprendente y postiza, pero volvemos a encontrarla en Ezequiel y da testimonio de que había quien sostenía la obligación de permanecer fieles a un juramento que había sido convalidado en nombre de los dioses (el plural *Elohim* puede suponer aquí una ambigüedad voluntaria) tanto babilonios como locales, y por lo tanto también de Yavé.

Se desarrolló así en Jerusalén —durante todo el período comprendido entre el primer asedio de 598 y la destrucción final de la ciudad en 587— un debate interno que podemos seguir sobre todo a través de los libros de Jeremías y de Ezequiel, y que reducía las opciones políticas a los principios teológicos generales. Pero resultaría engañoso hablar de un partido filocaldeo y otro anticaldeo. Había quien apoyaba la sublevación confiando en que Yavé no habría consentido nunca la llegada de los caldeos (Jer 37:19), y parece que el rey se mostraba favorable a esta hipótesis. Había, en cambio, quien sostenía que era preciso confiar en el apoyo egipcio, que evidentemente había sido solicitado y negociado, y que de hecho llegó, pero resultó inútil (Ez 17:15-18). Consultado en este sentido por el rey, Jeremías había expresado un parecer negativo en torno a la eficacia de la intervención egipcia (Jer 37:6-8). Había, por otro lado, quien, como hemos visto, afirmaba que el pacto de vasallaje jurado ante los caldeos debía ser observado por motivos jurídicos y teológicos.

Conocemos mejor la postura de Jeremías, que era un profeta acreditado ya desde hacía tiempo, y al que había consultado Sedecías (sin duda paralelamente a otros profetas de distinto parecer) acerca de la política que debía seguirse respecto a los babilonios. Jeremías sostenía que la intervención caldea y el consiguiente desastre eran inevitables en cuanto instrumento de la cólera divina contra las traiciones (la apostasía, pero no sólo la apostasía) de Jerusalén:

Y yo, yo mismo lucharé contra vosotros con mano extendida, con poderoso brazo, con ira, cólera e indignación grandes. Y heriré a los moradores de esta ciudad, hombres y animales, y morirán de una gran peste. Y después de esto —oráculo de Yavé—, a Sedecías, rey de Judá, y a sus servidores y al pueblo, a cuantos en esta ciudad se salven de la peste, de la espada y del hambre, los pondré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y en manos de sus enemigos y en manos de los que buscan su vida, que los pasarán a filo de espada sin compasión, sin piedad, sin misericordia. (Jer 21:5-7)

El profeta era, pues, contrario a la idea de formar una gran coalición anticaldea integrada por Judá, Tiro y Sidón, Moab y Edom (Jer 27:1-6). En cierto modo su postura era filocaldea o podía ser interpretada como tal, tanto que el profeta fue encarcelado durante el asedio por ser considerado colaboracionista. En efecto, la previsión «Los que se queden dentro de esta ciudad, morirán por la espada, por el hambre o por la peste. Los que se salgan y se entreguen a los caldeos que os cercan, vivirán» (Jer 21:9 o 38:2) era una invitación, ni siquiera demasiado velada, a la deserción. Jeremías no era una voz aislada: lo que le ocurrió durante el asedio demuestra que su persona estaba protegida y que su postura era compartida por algunos de los funcionarios reales más autorizados, pertenecientes a la familia de Safán. El expresivo acto de comprar un campo en el momento más negro de la crisis (Jer 32:1-15), seguro de una vuelta a la normalidad, puede ser interpretado también en clave política. Y su «previsión» acerca de la suerte de los desertores, que se revelará acertada, debía de ser fruto de las conversaciones mantenidas entre los sitiadores y el partido proclive a la rendición. Tras conquistar la ciudad, Nabucodonosor en persona dará la orden de liberar a Jeremías y de protegerlo de posibles represalias (Jer 39:11-14), demostrando así que conocía bien las diversas posturas y que de hecho lo consideraba un hombre de los suyos.

La postura de Ezequiel (deportado a Babilonia ya con el grupo de 598, aunque luego había regresado o en cualquier caso había seguido en contacto con la situación de Jerusalén) es similar en lo tocante a los grandes principios teológicos, pero distinta por lo que respecta a los problemas políticos. También Ezequiel piensa que la suerte de Judá está prefigurada por analogía en la de Israel (véase especialmente Ez 23) y motivada por una larga historia de traiciones; también él considera que los babilonios actúan por voluntad divina y que el final es inevitable. A los que esperan la ayuda de los egipcios, el profeta les advierte que la ruptura del pacto de vasallaje comporta un final seguro:

Pero (Sedecías) se rebeló (contra Nabucodonosor) y mandó embajadores a Egipto para que le diese caballos y mucha gente. ¿Prosperará? ¿Escapará el que tales cosas hizo? Rompió el pacto. ¿Escapará? Por mi vida, dice el Señor, Yavé, que en la tierra de quien le había puesto en el trono, cuyo juramento menospreció y cuya alianza rompió, allí morirá, en Babilonia. Y el faraón no le socorrerá con gran ejército y muchas fuerzas en la lucha cuando se levanten terraplenes y se construyan torres para destrucción de muchas vidas. Menospreció el juramento, rompió el pacto, dio su mano, y luego hizo cosas tales; no escapará. (Ez 17:15-18)

Pero el hecho de que Yavé haya abandonado su templo (Ez 10:18) y su ciudad (Ez 11:23) no debe justificar que haya que confiar en los babilonios o entregarse a las prácticas idólatras de cuño babilónico (que Ezequiel reprocha al partido «filocaldeo» de la casa de Safán en 8:11): la única salvación puede venir sólo de Yavé. Yavé ha salvado ya en muchas ocasiones a su pueblo infiel y lo salvará una vez más, estableciendo una nueva alianza, reuniendo a los dispersos y haciéndolos salir de las naciones en las que hayan sido establecidos, como ya los hizo salir de Egipto (Ez 11:14-21; 20:32-44). Desde esta perspectiva positiva, que puede perfectamente haber sido formulada ya entre los primeros desterrados antes de la conquista de Jerusalén, es indudable que el texto del profeta ha sufrido después arreglos *post eventum*.

#### 4. DEL ESTADO VASALLO A LA DESTRUCCIÓN FINAL

Volvamos al curso de los acontecimientos políticos. Sedecías, instalado como rey en Jerusalén tras la conclusión del primer asedio, reinó durante nueve años (598-589) como vasallo de los babilonios. De esta fase final de la Jerusalén anterior a la Cautividad datan las casas descubiertas en el Ofel: la «casa de las *bullae*» (así llamada por la gran concentración de *bullae* con nombres yaveístas, entre ellos el de un tal Gemyahu hijo de Safán), la «casa de Ahiel», la «habitación quemada», y la «casa de bloques tallados»: todo un barrio que demuestra que la vida de la ciudad seguía su curso normal.

Después decidió sublevarse tras el debate político que, como hemos visto, había tenido lugar en Jerusalén. Nabucodonosor, que no esperaba otra cosa, arremetió contra las plazas fuertes judías de la Sefelá (Laquis y Azeqa), y puso sitio a Jerusalén, momentáneamente interrumpido por la llegada de un ejército egipcio y reanudado muy pronto (Jer 37:5-8). El asedio fue largo, en unas condiciones cada vez más duras de escasez. Ya antes del asedio, Sedecías, con el fin de movilizar todas las fuerzas disponibles, había proclamado una manumisión de los esclavos hebreos (Jer 34:8-10), apelando a antiguas normas de la legislación utupico-social que se remontaban acaso al período de la etnogénesis y que habían sido recogidas por el código deuteronomista. Pero las duras condiciones económicas de la ciudad sitiada no tardaron en conducir de nuevo a la esclavitud por deudas de los nuevos libertos, con gran escándalo de Jeremías (y del partido del que era portavoz) contra la falsa justicia del rey y de la clase de los notables (34:11-22).

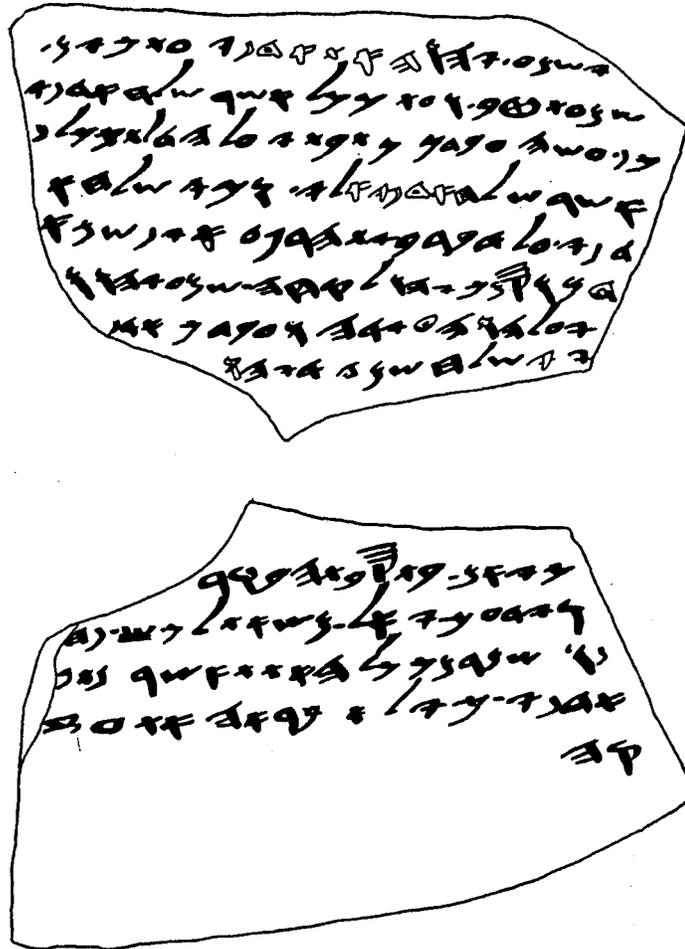


FIGURA 43. Los ostraka de Laquis (carta n.º 4).

Además del relato bíblico, algunos *ostraka* encontrados en Laquis (estrato II) datan del período del asedio babilónico: la guarnición de Laquis se comunica con la de Azeqa mediante señales de humo, y la interrupción de las señales es indicio de capitulación. La onomástica de los *ostraka* (una buena muestra extrabíblica para el reino de Judá al final de su existencia) es yaveísta en dos tercios, y los autores de los escritos se intercambian saludos en nombre de Yavé del tipo: «Yavé conceda a mi señor oír hoy buenas noticias», o similares (SSI I 12).

Tras dos años de asedio, Sedecías consiguió escapar junto a sus hi-

jos y el cuerpo de guardia, pero le dieron alcance cerca de Jericó: las tropas se dispersaron, el soberano fue capturado y llevado a presencia de Nabucodonosor, que hizo degollar ante él a sus hijos y luego ordenó que le sacaran los ojos y se lo llevaran por fin a Babilonia (2 Re 25:4-7 y Jer 39:1-7).

La ciudad resistió todavía unos cuantos meses (sin rey y sin las tropas de élite), hasta que los caldeos, al mando de Nebuzardán (Nabu-zeriddin) y Nergal-usur (conocidos también por ciertos textos babilónicos, véase ANET. pp. 307-308) entraron en las murallas, incendiaron «el templo de Yavé, el palacio real y todas las casas de Jerusalén» (2 Re 25:9), y a continuación demolieron las murallas para evitar futuras rebeliones. El templo fue saqueado, y los objetos de bronce (una vez más atribuidos a Salomón) fueron expoliados. Unos sesenta personajes de relieve (entre ellos el sumo sacerdote Serayas) fueron conducidos ante Nabucodonosor, que los mandó ajusticiar. La población urbana (tanto la que había permanecido en la ciudad sitiada como la que ya se había entregado a los sitiadores) fue deportada. A los campesinos de las zonas rurales circundantes se les permitió permanecer en su sitio (2 Re 25:18-22).

Los datos arqueológicos documentan en el caso de Jerusalén destrucciones en todas las zonas de la ciudad (en particular la casa de las *bullae* y los otros edificios del Ofel fueron destruidos en su totalidad), y ponen de manifiesto que la suerte de Jerusalén la corrieron también muchas de las ciudades de Judá: fueron arrasadas Ramat Rahel (V A), Laquis (II) y Azeqa, Timna (Tel Batash II) y Bet-Sur (II), Tell Beit Mirsim (A II) y Guezer (V), Debir (Hirbet Rabud A) y Hebrón. Desaparecen los poblados del desierto de Judá (En Gedi y la Buqueia) y de la Arabá (Mesad Haseva). En el Negev la destrucción de los poblados de la zona de Berseba (Arad VI, Aroer IV), y la de Qadesh-Barnea es atribuida a los edomitas, que en algunos casos parecen más bien suceder a los judíos (Tel Masos, Tel Malhata, Horvat Uza, Horvat Qitmit, y más al sur Tell el-Heleife).

En cambio, en el territorio de Benjamín se aprecia cierta continuidad en los asentamientos: Masfa está habitada (Tell en-Nasbeh II), aunque las murallas y su puerta ya no se utilizan; también Gabaón y Bétel siguen habitadas normalmente, y la fortaleza de Khirbet Abu et-Twein sigue en funcionamiento, mientras que la de Tell el-Ful es destruida. Asimismo en Megiddó II la fortaleza edificada por Josías o por los egipcios fue utilizada posteriormente por los babilonios, pero la ciudad había dejado de existir.

Los babilonios dejaron a Godolías como «gobernador» de Judea, o mejor dicho como responsable de lo que quedaba de ella, con sede en Masfa (2 Re 25:22-23). Godolías había sido prefecto del palacio (*'šr' l hbyt*, dice su sello, según una impronta encontrada en Laquis II) de Sedecías, y era el miembro más autorizado de la familia de Safán y del partido filocaldeo en la corte de Sedecías; junto a él se refugiaron otros miembros de la élite que no habían sido deportados, entre ellos Jeremías, y juraron un pacto de colaboración formulado por Godolías, en el sentido de someterse al nuevo dominio, intentando sobrevivir de cualquier manera, con el fin de conseguir la recuperación económica y una nueva cohesión social:

No temáis servir a los caldeos, habitad en la tierra, servid al rey de Babilonia, y os reportará bien. Yo me quedo en Misfa [Masfa] para representar al país ante los caldeos que vengan a nosotros, pero vosotros haced la vendimia, recoged las mieses y el aceite y guardadlos en vuestros recipientes, y quedaos en las ciudades que habitáis. (Jer 40:9-10; véase 2 Re 25:24)

Algunos grupos de judíos que se habían refugiado en Transjordania regresaron al país, y se recogió una buena cosecha. Pero el partido colaboracionista acabó mal: al cabo de pocos meses Godolías fue asesinado junto a su corte de judíos y caldeos por un grupo de conjurados «de sangre real» (2 Re 25:25; véase un relato más extenso en Jer 41), que no habían sido deportados porque habían permanecido armados en localidades periféricas que los caldeos no habían conquistado.

El asesinato de Godolías provocó una sublevación popular, por temor a las represalias de los babilonios. Los conjurados se refugiaron junto a los ammonitas. Los personajes de relieve y «el resto de Judá», a pesar de no estar comprometidos con la conjura, decidieron refugiarse en Egipto con gran séquito de gente, por miedo al castigo de los babilonios (2 Re 25:26; relato más extenso en Jer 42-43). Consultado Jeremías sobre lo que debía hacerse, aconsejó permanecer en Judea, bajo la soberanía babilónica, pues la cólera de Yavé ya se había calmado y la ola de guerra y destrucción de los babilonios corría si acaso el riesgo de trasladarse hasta el propio Egipto:

Si os quedáis tranquilos en esta tierra, yo os edificaré y no os destruiré, os plantaré y no os arrancaré, pues me pesa ya del mal que os he hecho. No os dé miedo el rey de Babilonia, a quien teméis; no temáis de él —oráculo de Yavé—, pues yo estoy con vosotros para salvaros y libra-

ros de sus manos. Os otorgaré misericordia y se apiadará de vosotros y os dejará en vuestra tierra. Pero si decís: No queremos seguir en esta tierra, y no escucháis la voz de Yavé, vuestro Dios, diciendo: Nos iremos a la tierra de Egipto, donde no veremos ya la guerra ni oiremos el sonido de la trompeta y no habrá falta de pan, allí habitaremos; entonces, resto de Judá, escuchad la palabra de Yavé: Así dice Yavé de los ejércitos: Si volvéis vuestros ojos a Egipto para iros allá y habitar en él, la espada que teméis os alcanzará sobre la tierra de Egipto: el hambre que receláis os sobrevendrá en Egipto y os hará morir allí. (Jer 42:10-16)

Pero su consejo no fue escuchado, y el «resto» se trasladó a Egipto. Judea quedó sumida en el caos más absoluto, sin clase dirigente y con la población diezmada por la guerra, la peste, el hambre y la emigración.

#### 5. LAS DEPORTACIONES UNIDIRECCIONALES Y EL HUNDIMIENTO DEMOGRÁFICO Y CULTURAL

Al referirse a las deportaciones de Nabucodonosor, el texto bíblico da unas cifras bastante contenidas: para 598 se habla en dos versículos (2 Re 24:14-16) de diez mil jefes y hombres de importancia más un número indeterminado de artesanos, o de siete mil hombres de importancia más mil artesanos. Jeremías (52:28-30) ofrece unas cifras todavía más modestas: tres mil personas para 598, 832 para 587, y otras 745 cinco años después: unas cuatro mil seiscientas en total. Parece claro que la deportación afectó a la clase dirigente, mientras que a la población campesina se la dejó quedarse en su sitio. A diferencia de las deportaciones asirias, no se habla para los desterrados de más meta que la propia Babilonia; y no se alude en ningún momento a grupos extranjeros deportados a Palestina.

Las dos estrategias imperiales tenían, por tanto, en común el objetivo de obtener mano de obra especializada y acabar con la clase dirigente del país, pero diferían en algunos puntos esenciales. Mientras que los asirios pretendían mezclar a las distintas poblaciones para conseguir una uniformidad «asiria provincial» e intentaban gobernar las nuevas provincias dotándoles de estructuras administrativas locales (los pequeños palacios asirios) eficaces, los babilonios, en cambio, parece que se resignaron a abandonar las tierras conquistadas dejándolas en un estado de degradación sociopolítica y cultural absoluta, permitiendo en cambio a las élites deportadas conservar su individualidad.

En estas diferencias radica una de las causas del resultado bien distinto de las dos deportaciones, junto —por supuesto— con otras concausas como el distinto lapso de tiempo transcurrido entre la deportación y el regreso, y la distinta conciencia nacional de los deportados del siglo VI respecto a los del VII. En definitiva, las deportaciones asirias fueron tremendamente eficaces en su cometido de borrar la identidad nacional, hasta tal punto que de la suerte corrida por los deportados asirios no volverá a tenerse noticia, y las «diez tribus» del norte desaparecerán absorbidas por el mundo circundante. En cambio, las deportaciones babilónicas no lograrán acabar con el sentido de auto-identificación de los deportados, que, habiendo voluntad, podrán reconstituir su individualidad etnicopolítica, religiosa y conductual.

La situación en la que quedó sumida Judea después del saco de Jerusalén, la deportación de la clase dirigente y los acontecimientos que la siguieron, dio lugar a una grave crisis demográfica y cultural. Todos los indicadores arqueológicos señalan en la dirección de un auténtico cataclismo. Según una estimación global, del siglo VII al VI el número de los lugares habitados disminuye en dos tercios (de 116 a 41), y la superficie media de los poblados que quedan disminuye también en 2/3 (de 4,4 hectáreas a 1,4), de modo que podemos calcular que la población sufrió una disminución del 85/90 por 100. La tipología de los asentamientos sufre una regresión debido a la falta de murallas y de edificios públicos (tampoco se conocen pequeños palacios provinciales construidos por los babilonios), la producción de la artesanía de valor se interrumpe, y el uso de la escritura (que deja de ser funcional para la administración real) se vuelve rarísimo. Se trata de una caída en picado, de la que sólo se salvó la zona central de Benjamín (Tell el-Ful, Tell en-Nasbe, Bétel, Gabaón), donde se había establecido el gobierno colaboracionista de Godolías, como quizás indiquen las etiquetas de ánfora con la palabra *m(w)sh* concentradas en esa zona y en ese período.

Téngase en cuenta que el reino de Judá se basaba en la preeminencia, incluso demasiado marcada, de la capital respecto al resto del país: preeminencia cuantitativa y cualitativa, dada la centralización en Jerusalén no sólo de la administración, sino también del culto. La destrucción de la capital, así como la del resto de los escasos poblados intermedios, sobre todo en la Sefelá (Laquis y Azeqa), dejaron una región de aldeas pobres y recursos modestos, con una población campesina estimada de entre diez mil y veinte mil personas.

El vacío será ocupado en parte por los vecinos mejor preparados para administrar la recuperación. Está bien documentado el caso del

Negev, en el que se establecieron grupos de edomitas procedentes de su territorio, al este de la Arabá, que por entonces atravesaba una fase de prosperidad (con la capital Bosra provista de murallas y de edificios públicos). Los edomitas fueron infiltrándose progresivamente en el Negev, fenómeno bien atestiguado en los *ostraka* de los siglos sucesivos por sus nombres teóforos del dios Qaus. El pequeño templo edomita de Horvat Qitmit es del siglo VII, quizás anterior a la caída de Jerusalén; pero la fortaleza de Horvat Úza (cerca de Arad), de planta rectangular, con trazado ortogonal y *ostraka* edomitas, representa perfectamente la nueva situación. También las fortalezas, otrora judías, de Tel Masos (I) y de Aroer (II) fueron ocupadas por los edomitas. Los profetas judíos se mostraron particularmente hostiles hacia Edom por la ayuda que prestó en la destrucción de Jerusalén (Jer 34; y también Lam 4:31): es probable, por tanto, que se produjera un apoyo abierto (en forma de tropas auxiliares) a los babilonios, premiado luego con el permiso para actuar con mano libre en el Negev. Es bien sabido que en los siglos siguientes Idumea ya no corresponderá a la región de Edom de la Edad del Hierro I-II, sino a la zona que había sido de Judá (sur) y de Simeón, en torno a Berseba, y hasta Hebrón.

Un proceso análogo tuvo lugar en la Sefelá, que sufrió la expansión de las ciudades estado ex filisteas que siempre la habían considerado su *hinterland* natural. La franja costera también se vio revitalizada (al menos en el plano económico) por la presencia cada vez mayor de mercaderes fenicios y de mercenarios griegos (atestiguados por las importaciones cerámicas y los datos epigráficos), que ponen de manifiesto en el siglo VI la misma gravitación en torno al Mediterráneo que tradicionalmente se había reservado más bien a la Fenicia propiamente dicha.

No poseemos datos concretos acerca del estatus juridicoadministrativo de Judá bajo los babilonios, pero es posible que las mesetas fueran anexionadas a la provincia de Samaria, la Sefelá a la provincia de Asdod, y que el sur de Galaad fuera ocupado por los ammonitas. Tampoco esta fragmentación administrativa facilitó la pervivencia de una trabazón local que sirviera de punto de referencia. Más eficaces que las deportaciones, numéricamente modestas, fueron, por tanto, las consecuencias de la deculturación, posterior al colapso de las relaciones sociopolíticas, que ya no eran sostenidas por una clase dirigente autóctona capaz de indicar el camino de la recuperación.